

FLORES CORDIALES



Os espero en el baile...

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Biblioteca Regional de Madrid

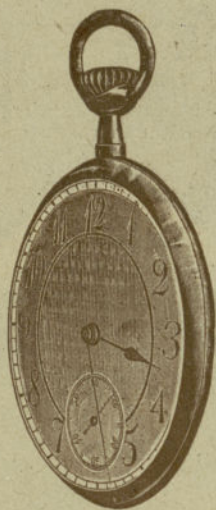
15 céntimos.

FÁBRICA DE RELOJES DE CARLOS COPPEL

Madrid, calle de Fuencarral, 27.

REMONTOIR

18 líneas, extraplano,
gran moda, máquina
fina de áncora, monta-
da en centros de pie-
dra; esfera de metal
dorada ó plateada.



LA CASA COPPEL GARANTIZA LA BUENA MAR-
CHA DE TODOS SUS RELOJES ACOMPAÑANDO Á CADA
UNO SU CERTIFICADO DE GARANTIA

A PLAZOS

Al personal de la guardia civil y carabineros
se les pasa cargo en cuatro plazos.

TALLER DE COMPOSTURAS

REMESAS Á PROVINCIAS

Núm. 5.708.—Oro de ley, 18 kilat., 115 ptas.

» 5.705.—Plata, mate ó brillo, 50 ptas.

» 5.704.—Acero, 45 ptas.

Pídanse detalles y prospectos á la casa

COPPEL

ANTRACITA

PRECIADOS, NUM. 24. MADRID

Establecimiento de carbones minerales de to-
das clases; el más surtido y económico.

PEDID NOTA DE PRECIOS

Se facilitan postales para hacer los pedidos.

ENVIOS A PROVINCIAS

Preciados, 24. (frente á Capellanes)

PRODUCTOS REFRACTARIOS

Los mejores de España.—No contraen.—Re-
sisten altas temperaturas.—Son muy fuertes.

JOAQUIN PARDO

FÁBRICA

PACIFICO, 12.—MADRID.

COLEGIO HISPANO

1.^a Y 2.^a ENSEÑANZA

Preparación para carreras militares y espe-
ciales.

Magníficos resultados en las últimas convoca-
torias.

Honorarios módicos, rebajas á los huérfanos
é hijos de militar.

Internos, medio-pensionistas y externos.

BARCO, 21, 2.^o

Próximas convocatorias para Telégrafos y Po-
licía.

Profesorado competentísimo, Ingenieros civi-
les, Oficiales del ejército, Abogados, etc.

BARCO, 21, 2.^o (ESQUINA A LA PUEBLA)

Flores Cordiales

Redacción y Administra-
ción: San Andrés, 19.

SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 1,50 pesetas.
Un año..... 5,50 >
Extranjero, un año..... 9 francos.

PAGO ADELANTADO

==== Apartado de Co-
rreros, número 48. ====

DIRECTOR: GONZALO DE QUIRÓS

MI PARÁCLETO



Según dice un periódico de modas, las familias aristocráticas preparan varios bailes infantiles. «Los disfraces más nuevos—escribe este estupendo colega—, son los de «príncipe encantado», de raso blanco ó azul; de «madre Michel», casa-

quín de muselina y falda plisada, color verde; de «bailarina», con malla de color rosa suave, falda de tarlatana, con volantes, corselete plateado, una pequeña corona de flores y un carcaj en la espalda, simbolizando el amor; de «japonesitas», con grandes flores de colores vivos y pequeños abanicos en el pelo; «pierrots» con el clásico traje de payaso y enharinado el rostro...»

Dejad, dejad al cronista de las elegancias femeninas, que siga corriendo, con la fantasía desbocada, por esas regiones de la barbarie más desatinada. Vosotros, hombres de corazón, quienes quiera seáis, de la aristocracia ó de la mesocracia ó del pueblo, pensad conmigo, cuando veáis á un niño enmascarado, ora sea de príncipe encantado, ora de bailarina, ora de payaso, que su padre es un mentecato y su madre una mujer de corazón seco, en quien el amor se ha disfrazado de vanidad.

Porque no hay invención humana más idiota ni más cruel que la de coger á un niño, en cuyo corazón la idea de la dignidad humana comienza á formarse, y vestirlo de mamarracho más ó menos elegante y llevarlo por esas calles mostrándolo á la extraña curiosidad y conducirlo, en fin, á un baile, donde verá á otros niños vestidos de toreros, de chulos, de bandidos, de soldaditos ó de frailes, y donde encontrará á otras niñas, disfrazadas también de mil ridículas maneras.

En tales fiestas, las inteligencias infantiles

que poseen el don de la adivinación, representan admirablemente su papel de personas mayores. En esto está la gracia y el encanto de tales fiestas. Así, á los niños no se les pone sólo el antifaz en el rostro, sino que se les obliga á disfrazar el alma. Es una crueldad iniciar á estos pequeñuelos en las farsas de la vida. Tiempo les queda para aprender las artes del fingimiento.

Los padres imaginan que las criaturitas que el buen cielo les otorga son lindos muñecos que vienen al mundo para divertirlos y regocijarlos. Claro es que es una monada ver á un chiquillo vestido de bandolero, con un par de patillas postizas, y un trabuco al hombro, y que es cosa de risa ver á una niña arrastrando por el suelo su almidonada cola de chulilla, adiestrada por su propia madre en el contoneo de las caderas y y en el mover del abanico y hasta en el mirar truanesco, ¡pero qué fatiga física y qué perturbación moral para las pobres víctimas! Y, aunque parezca exagerado, hay que convencerse de que esos niños vestidos de payasos ó de toreros, de militares ó de monaguillos, de bailarinas ó de monjas sienten hacia tales profesiones la primera inclinación falseada de su voluntad.

Así se les deforma, así se les amputa el libre albedrío, así se les adiestra en la feria de nuestras vanidades. Nada más triste que ver de tal modo trastrocadas las ideas fundamentales de la existencia humana, siendo el amor de la madre el que se siente satisfecho ante la monada de su hijo entregado á farsas, ante el gracioso espectáculo de los niños disfrazados, con los tiernos miembros oprimidos y embarazados por trajes extraños que no tienen el hábito de usar.

Y luego, el aire viciado del salón, la excitación nerviosa producida por la música y la luz y las flores, y el posible despertar de celos y envidias, que tan fácilmente arraigan en los niños..., ¡oh, madres que vestís á vuestros hijos de mascaritas, merecíais que se os murieran!

DIONISIO PEREZ



—¿Y cómo me llamo?—Atienza.
 —¿Dónde vivo?—En las Vistillas.

—¿Y qué soy?—Un sinvergüenza
 que me está haciendo cosquillas.

Angeles al cielo.

Nuestro director pasa en estos instantes por una hondísima pena.

Su hijo Ernesto, hijo único, de cinco años y medio de edad, robusto, lleno de vida, voló el jueves último á la región de los ángeles.

Para esas torturas no hay consuelo, sobre todo cuando se han perdido otros dos varones.

Si lo hubiera, consétele al amigo atribulado que cuantos le queramos de veras llevaríamos una parte de nuestro corazón á mermar su martirio y su desgracia.

LA POLICIA HONORARIA

Ahora es cuando podemos dormir á pierna suelta, como cojos con pata de palo, los vecinos de Madrid y de Barcelona.

La creación de porteros en todas las casas, y la ingerencia de éstos con carácter policiaco en la vida de los vecinos, nos pone á salvo de todo peligro y á raya de toda mala tentación.

Ahí está. Una ley con un articulado sencillísimo, nos pone á cubierto de bombas, de crímenes, de robos, y á cubierto de todo, menos á cubierto de dos pesetas con pan vino y postro.

Mentira parece que hasta el actual Ministro no se le haya ocurrido á ningún otro procurarse el concurso de los porteros como elemento terrible de policía y vigilancia.

Siempre que la justicia ha necesitado, ó á recurrido al concurso de los porteros para el descubrimiento de un delito, ha dado un resultado excelente, como lo prueban los dos grandes crímenes de la calle de Fuencarral, y los de las calles de la Luna, Céres, cuando era Justa (entiéndaseme, no digo que Céres haya dejado de ser justa, como tampoco digo que lo haya sido, ni que en la actualidad lo sea, no me meto con la diosa), digo que la calle de Céres en la actualidad, se llamaba de la Justa á la sazón del crimen á que me refiero, y Tudescos.

En las casas de estos cinco crímenes célebres, hay portería y porteros pero en ninguno de los casos dieron el más leve rayo de luz; ni sabían ni habían visto nada, ni habían visto á nadie.

A esto dira el ministro que á evitar eso tiende la nueva disposición, que por eso les inviste de cierta autoridad.

Y á esto le diría yo al ministro: «¿Pero es que estos porteros no sabían, ni veían, ni oían porque no tenían autoridad?, pues si la autoridad despejase los sentidos de la gente, ¿qué falta hacía molestar á los porteros habiendo cuerpos de Vigilancia y Seguridad?

A todo esto, el ministro manda liberalmente,

algo se había de hacer liberalmente, que los porteros vigilen, inquieten, observen, denuncien, detengan, etc., etc.; pero no consigna ninguna cantidad para retribución de servicios prestados y premios merecidos.

Y qué sé yo, á mí se me figura que salvo en los casos que á ellos particularmente les convenga, no van á hacer al Ministro el menor caso.

¿Que hay un escándalo en su vecindad?, pues dicen que no le han oído. ¿Que hay crimen?, dicen que no conocen al asesino. ¿Que hay un robo?, dicen que no han visto á los ladrones.

¿Y qué? ¿Qué les va á pasar? ¿No lo dicen los guardias y los policías, que también tienen obligación de saberlo, oirlo y verlo todo, porque para eso cobran, y no les pasa nada? Pues excuso decirles á ustedes lo que harán los policías honorarios.

Los porteros—ambos sexos—, por lo común son unos curiosos impertinentes y unos chinchoneros que no sirven más que para soliviantar á los vecinos pacíficos.

Esto no lo digo por los míos, porque de estos caen pocos en distrito. ¡Toma!, pues si todos los porteros fueran así como éstos, sobraba la disposición del ministro; es más, sobraba la policía retribuida, porque como tienen cuidado de su jurisdicción sin que nadie se lo ordene, pues á Dios gracias, no para nada en la casa.

A los porteros, generalmente, les tiene sin cuidado que desbalijen á los inquilinos, y se comprende muy bien, porque yo creo que cada quisque debe cuidarse de lo suyo, lo cual facilita mucho la vigilancia general.

Precisamente las viviendas más azotadas por los cacos son las porterías; de hoy más será cosa de ver como queda el prestigio de la autoridad porteril, cuando se presente en la Comisaría del distrito á decir:

—Señor Comisario me han robado la recaudación del mes.

—¿Quién? dice el señor Comisario.

—No lo sé responderá el portero.

—¡Cómo! ¿No sabe usten quien le ha robado? Pues cuando así cuida de lo suyo, ¿qué hará de lo ajeno?

—¡Velay! contestará el portero, si es de Valladolid, que si es de Madrid, le dirá: M'alegro de verte bueno.

Fuera de broma, á mí me parece que los porteros tienen muchas más cosas que hacer que ocuparse de lo que les manda el señor ministro.

Puede que esté yo equivocado. Puede que la disposición sea eficacísima; pero si es así, pobres porteros.

Todo el mundo va á creer que eran ellos los que asesinaban y robaban en los casos en que no parecían los delincuentes..

¡Y eso es abusar de una clase!

FÉLIX MÉNDEZ

RELIQUIAS DE REGIOS AMORES!

El caso es ya conocido, por haberlo publicado la prensa francesa y la prensa española.

Don Alfonso XII era un rey demócrata, un rey popular, de espíritu muy libre, y rompiendo el dorado círculo de los alcázares, dejó volar el corazón y amó.

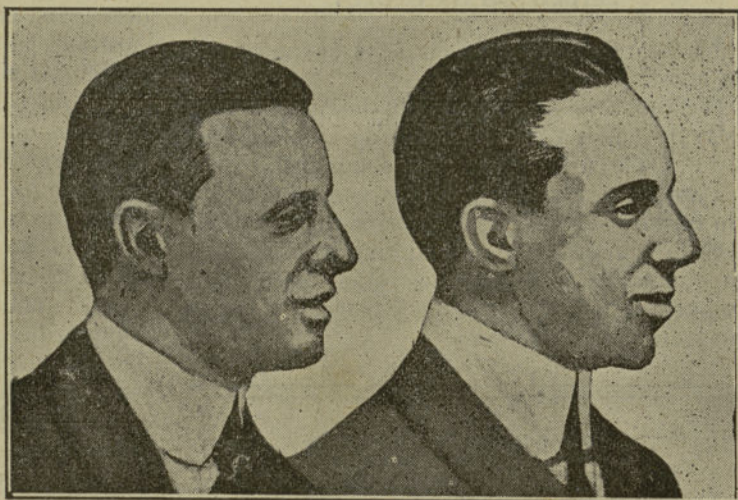
Amó á la más hermosa de las mujeres de aquella época, á Elena Sanz.

Detalles íntimos han circulado que no quiero recoger, porque también los monarcas tienen derecho al respeto de las cosas que vela Cupido.

Elena fué madre, y Don Alfonso supo cumplir como caballero lo que como soberano no le era dado cumplir.

He hablado con Alfonso Sanz, el hijo de Elena.

Es un apuesto mozo de veintiocho años que



Alfonso Sanz.

Alfonso XIII.

no desmiente la casta. El me proporciona el retrato de Elena, que remito, copia del óleo admirable que Don Alfonso regaló á la bella en 1878.

Se halla casado con una inglesa llamada Victoria, de rostro agraciado.

Alfonso Sanz es un consumado automovilista, habiendo ganado muchas carreras.

El pleito que se tramita en Madrid, lo ha entablado por que se encuentra arruinado y se cree con derecho al apoyo de la casa de los Borbones, á la cual quiere entrañablemente y de la que espera reparación.

Y Alfonso Sanz exclama:

—¡Yo no soy culpable de nacer!

Se muestra agradecido al Sr. Maura, que le hizo ofrecimientos de una renta vitalicia, que Alfonso Sanz rechazó por no venir de parte de la familia real. No pretendo entrar en el fondo del litigio, pero presumo que Don Alfonso XIII pondrá su magnanimidad al servicio de la voz de la conciencia. El asunto es interesantísimo y más todavía conocer á la mujer que á espaldas de un trono estableció el trono de la dicha, consagrando sus femeninos encantos al hombre que acaso alguna vez sintió no poderse aliviar del peso de la corona para entregarse libre al ángel de sus ensueños.

LUIS



ELENA SANZ

AL DIRECTOR DE CORREOS

Ante la repetición de quejas de nuestros suscriptores de no recibir el periódico, nos vemos precisados á llamar la atención públicamente del director de Correos, para que remedie en lo posible el daño que el extravío de números nos causa, advirtiendo de paso á los aficionados á leer de balde FLORES CORDIALES que nos avisen las señas y les mandaremos gratis el semanario...

MESA REVUELTA

George Ediot después de leer *La Estática Social*, dijo á su autor, Herbert Spencer, de quien fué grande amigo, que se admiraba no ver arruga alguna en la frente del pensador.

—Yo creo—contestó Spencer—que es porque yo no estoy jamás indeciso, porque yo para pensar no hago esfuerzo alguno de esos que van siempre acompañados de un fruncimiento de cejas. Mis conclusiones son el resultado de una serie de pensamientos que surgen poco á poco...

Efectivamente, treinta años más tarde, á pesar de todas sus meditaciones, el pensador no tenía arruga alguna en la frente.

Recordando esto, el amigo que me lo ha contado, dice de los críticos jóvenes y con arrugas en la frente, que son atletas del pensamiento...

Vamos, una especie de mozos de cuerda intelectual...

*
**

—¿Ha leído usted la última novela de Felipe Cebada?

—Sí, por consejo de un amigo. Me dijo que Cebada ha sacado en su novela á algunos queridos compañeros...

—Y es cierto... Así venga sus pequeños agravios...

—Pues, no le he visto la venganza...

—¿Por qué?

—Leí con mucha curiosidad toda la novela y sólo supe quiénes eran los compañeros ridiculizados en ella, cuando mi amigo me fué diciendo *ese es Fulano; ese, Zutano*.

—¿No los había reconocido usted?

—No. Están muy favorecidos.

—Por cierto que el *insigne* Cebada ha cometido la ridiculez de poner una discusión, acerca de todas sus novelas, en boca de los compañeros aludidos, ¡que no las conocen!

—¡Oh! Cebada es un gran humorista. Se ha vengado de dos maneras: primera, diciendo que han leído todas sus novelas, lo cual es una calumnia intolerable, y segunda, intentando hacer pasar á la posteridad á varios escritores que, á juzgarles por su labor literaria, malditos los deseos que de tal cosa tienen.

—Usted perdone, pero creo que usted exagera la mala intención de Cebada... La segunda manera de vengarse que usted le atribuye es inocente en absoluto...

—¿Por qué?

—Porque Cebada tampoco quiere que sus obras pasen á la posteridad...

*
**

MOT DE LA FIN

En un restaurant entra una mujer exuberante de carnes, guapísima y muy elegante y un jovencuelo delgado, pequeño y pálido.

El camarero.—¿Qué van á tomar los señores?

La señora gordísima y guapetona.—Lo primero una tortilla de un par de huevos, con mucho jamón... ¡Medio kilo, lo menos!...

El camarero.—(Mirando á la señora gorda y al jovencuelo.) ¡Me parece mucho jamón para un par de huevos!...

Consejo á una soñadora.

PRÓLOGO

Una linda doncella, joven, llena de vida, que tiene más caprichos que arenas tiene el mar, con su risita loca y sus airosos gestos trae revueltos á varios mocitos del lugar.

Todos por sus pedazos están medio *mochales*, todos por darla un beso dejáranse matar: pero el tiempo se encarga de destruir las huellas, y aborrece al que quiso y quiere al que ha de odiar.

Voluble la chiquilla, ansiosa de placeres, dura poco, muy poco, en ella la ilusión. En su espíritu inquieto, luchan mil caracteres; ¡un día y otro día, distintos pareceres! ¡Ni un ápice, siquiera, de amorosa pasión!

Quiere con el cerebro, por el sueño rendida. Su corazón, sin fibras, no le permite amar; y al despertar del sueño en que cayó vencida la realidad, desnuda, preséntale una vida distinta, por completo, á la que vió al soñar.

EL CONSEJO

No sueñes con la dicha, en el azar buscada; no sueñes con castillos que se hundirán después, procura ver la vida tal como está forjada, no forjes una nueva, con pedestal *de nada* que se undirá á tus pies

Desecha conveniencias con el amor reñidas, y cambia tus caprichos con una voluntad. El Amor es la savia que alimenta las vidas; el capricho la causa de las que ves perdidas, ¡Ya ves como, rendidas, solicitan piedad!

Aprovecha los años en que la vida ríe, diciendo, al mundo entero, que vives para amar; y, antes de que tus carnes el loco tiempo enfríe, vive, sí, dando al cuerpo lo que tu cuerpo ansíe, mas, ¡vive sin soñar!

UNO DE LA CORTE.



—¡Oh! Mi *Lady*, volver victoriosa. Bien decir las gentes que es ligera de cascos.



CIERVA



OSMA



SORIANO



GASSET

DISFRACES POLITICOS

*Disfraces escogidos
por cuatro personajes conocidos.*

CIERVA

De legionario. El mejor de los disfraces baratos, igual al que usó Pilatos cuando llegó á dictador.

OSMA

De bailarina. Elegante vestido, aunque muy común. Nota. Lo del frasco es un capricho del dibujante.

SORIANO

Rico traje de payaso de hechura en *España nueva*; si está serio el que lo lleva sirve para hacer el paso.

GASSET

De regadera. Lindísimo disfraz que nunca se ha usado; es de lata y muy pesado, pero se luce muchísimo.

FRANCISCO PEÉREZ PICÓ.

(Dibujos de Almoguera.)

*Se acostó, cuando acababa
de matar el apetito,
y al poco rato ya estaba
durmiendo como un bendito.*

*—Mira—dijo á su mujer
el sacristán asombrado—
haz té y procura tener
esta noche gran cuidado;
pues después del atracón
que se ha acabado de dar,
va á tener indigestión
el cura y va á reventar.*

*Hizo té la sacristana;
se acostaron, y á las dos
ó las tres de la mañana,
oyeron gritos...—¡Adios!—
dijo el sacristán—ya está
enfermo el cura ¿lo ves?;
levanta; yo voy allá
y tú lleva el té después.*

*Corriendo, efectivamente,
el sacristán acudió
á la alcoba en que el paciente
estaba y le preguntó:*

*—¿Se siente usted mal?—Si.—¿Y qué
motiva su sufrimiento?
¿Quiere usted que le hagan té,
ó tila?—No, si al momento
cesa mi disposición
si su mujer es tan buena
¡que me trae el salchichón
que ha sobrado de la cena!*

JOSÉ RODAO

CUENTO VIEJO

*Un cura, que fué á tomar
una noche posesión
del curato de un lugar,
aceptó la invitación
del sacristán, que á la entrada
del pueblo esperaba al cura,
y á su modesta morada
fué á parar, por su ventura,
pues con la intención más buena,
el rapacirios galante,
le puso al cura una cena...
¡archisuperabundante!*

*Cena sólida: un tostón,
salchichón, ternera, un par
de pollos, huevos, jamón,
arroz con leche y... ¡la mar!*

*Dió el cura á la cena fin,
sin cometer más excesos,
no dejando del festín
más que el salchichón y... huesos.*



*¡Pero qué pillo soy! Apenas habré dado
tres bromas y lo menos lo menos he reci-
bido cincuenta bofetadas.*

Carnavales provincianos.

(EPÍSTOLA)

Querida Lulú: Al despedirnos, me rogaste que te mandara varias líneas, por lo menos, si no disponía de tiempo sobrado para dedicarte muchas. En ellas debía reflejar las impresiones que recogiese durante mi breve estancia por esta población.

Te satisfaré placentera, pues no merece mi desatención ni mi olvido quien, comenzando en mejor compañía de colegio, concluyó en amiga predilecta.

Cuando nos separaban de Madrid muchas leguas y llegamos á nuestro destino, vimos en la estación á los parientes que nos invitaron á pasar con ellos las fiestas de Carnaval.

Después de los abrazos y saludos de rúbrica, papá se puso á charlar con mi tío, un señor grueso y pesado que tiene la más acreditada botica de la localidad, y gasta corbatas rojas de nudo hecho. Cada una de mis dos primas se cogió á un brazo mío... Marchaban satisfechas, según después me confesaron, por el orgullo de poder mostrar á las amigas y á las enemigas unas parientas madrileñas. En ciertas poblaciones decir «de Madrid» es decir «elegante». Y mis primas me creyeron la más elegante de las madrileñas; Dios se lo premie.

Salimos del andén. Montamos en el estrecho y desvencijado coche del hotel, que nos condujo camino de casa. Mis primas, parleras, me decían: «Te divertirás aquí mucho. Ya verás. Ya verás». Y vi, á través de los empolvados cristales del vehículo, calles embarradas, un paseo convertido en lodazal, una plaza de la Constitución que servía de plaza de abastos en las mañanas de mercado y de plaza de toros en las tardes de corrida. Mientras mi vista paseaba monótona por el muerto paisaje, mis oídos se fatigaban oyendo la charla soporífera:

«Nuestros carnavales son modestos. Aquí no tenemos carrozas ni batallas de flores, ni concursos de medallas como sucede por Madrid, según dice *La Correspondencia*. Pero nos divertimos también mucho, porque nos reunimos con todas nuestras amigas en casa de Remedios, la presidenta de la Diputación, mañanas y tardes, y van allí todos los chicos elegantes. Como Remedios habita en un sitio que es como la Puerta del Sol de Madrid, desde sus balcones vemos todas las máscaras, las del *al-higuí*, las del *oso*, las de los *tiznaos*, y todas las comparsas, entre las que sobresale la dirigida por Perico Puntales, el hijo del campanero de las monjas clarisas. Por las noches, bailamos en «La Cordialidad», una sociedad de

recreo donde, por un duro mensual, asiste una familia completa al teatro para ver á los aficionados del pueblo las mejores obras dramáticas...»

¡Qué lata me dieron, querida Lulú, con su conversación anodina!

Al día siguiente, domingo de Carnaval, después de ir á misa, fuimos á casa de Remedios, una señora más gruesa y más pesada que mi tío. Nos recibió afablemente. ¿Cómo no, si mi presencia daba lustre mayor á su casa?

¡Y cuanto me aburrí en ella! ¡Más que cuando, de colegiala, nuestra profesora nos explicaba Geografía! Me aburrí porque las conversaciones eran tan insulsas como pretenciosas; porque las muchachas, creyéndose marisabidillas, tenían la cabeza llena de preocupaciones y vulgaridades; porque formaban corrillos en los balcones y las de cada uno sólo sabían hablar mal de las del otro; porque, para ser galantes conmigo, echaban mano de fórmulas etiqueteras aprendidas en un *Manual de saber vivir*.

Los corrillos eran interrumpidos por algunos valeses, *schotis* y rigodones, únicos bailes de buen tono. A mí me sacaron todos los muchachos y se me declararon la mitad. El último me parecía siempre el más tonto.

Remedios velaba por el triunfo de la obsesividad. Ordenaba á los varones:

—Ahora, vayan á la calle para tirar serpentinas á las muchachas.

Ellos, desde la calzada, lanzaban dos ó tres docenas de proyectiles.

Pasado un rato, Remedios ordenaba á la doméstica.

—Baje y diga á los señoritos que suban á casa provistos de *confetti*.

Ellos, arriba, echaban el papel con cuenta-gotas.

Al anochecer, las bolsas, vacías de *confetti*, recogían el del suelo. Las serpentinas pendientes del balcón eran arrolladas con esmero. Ellas y ellos, los que formaban la alta sociedad del pueblo, mostraban, afanosos, su gran amor á la limpieza y la economía.

Por la noche, las cintas arrolladas y las bolsas repletas iban á «La Cordialidad» en manos de lo más distinguido.

Esta vida duró domingo, lunes y martes. Hoy miércoles, ya libre de ella, me siento descargada de un peso terrible. He visitado á Remedios para darle las gracias por sus deferencias. Me ha preguntado:

—¿Se divirtió usted mucho, Isabel? Habrá visto que nuestros carnavales, aunque sin tantos atractivos como los de Madrid, hacen pasar muy buenos ratos á la juventud...

He asentido con un gesto de los labios.

—... Sobre todo, que no ganan en galantería los chicos de Madrid á los nuestros. ¡Qué esplendidez! ¡Qué derroche! ¡Qué modo de alfombrar

el suelo con *confetti* y de colgar los balcones con serpentinas... La broma cuesta, por lo menos, tres pesetas diarias á cada uno...

He mostrado mi admiración con un movimiento de cabeza.

—... Se habrá usted convencido de que nos divertimos en los pueblos tanto como en Madrid, aun sin tener carrozas, ni batallas de flores, ni concursos de rondallas.

He sonreído un poco burlonamente y me he despedido de ella.

Ya sabes, Lulú, cuales han sido mis carnavales. ¡Compadéceme! Compadéceme la mitad, si quiera, de lo que te quiere tu amiga

ISABEL.

P. D. De palabra te contaré muchas, muchísimas más cosas que no caben aquí.

Por la copia

JOSÉ SUBIRA



—Mira, Celipe, me dá el corazón que tu amor no es firme.

—Rediéz, Serapia, pué que tengas razón, porque el cabo me dijo ayer pasando revista: usted no está firme. Y, ¡pún!, m'arreó dos gofétas...

SEXTO NÚMERO DE NUESTROS CONCURSOS

ANÉCDOTA

Un célebre escritor portugués del siglo XIX, viéndose acosado por fuertes dolores de vientre, no encontró mejor medio de aliviarse que hacer... lo que no puede decirse junto á la estatua de Don Pedro IV, que, como se sabe, otorgó, en 1826, la Carta constitucional á Portugal.

Un guardia escandalizado se le acercó:

—¿No le da á usted vergüenza de hacer eso en un sitio público? Está usted preso.

—*Eu julgava*—repuso el escritor—*que se podia fazer certas coisas... á sombra da liberdade.*

A. AGUILERA DEL PINO

INOCENCIA

—Serranita de ojitos de cielo,
serranita de carnes de nácar,
serranita de labios de sangre,
serranita de linda garganta,
yo te quiero porque eres pastora,
yo te quiero porque eres serrana,
yo te quiero porque eres del monte
yo te quiero porque eres zagala,
yo te quiero porque eres alegre,
traviesa y nerviosa como una ágil cabra,
porque tiene tu boca perfumes
que huelen á incienso y á flores y á albahaca

Quiéreme, serranita preciosa;
quíereme, lucerito del alba;
quíereme, princesita del nato;
quíereme, pastoreita del alma.

Yo, que oía detrás de unas ruinas
del zagal las ardientes palabras
y que puso en sus labios un beso,
y otros más en mejillas y cara,
pregunté á mi capote: ¿Son estos
los sencillos pastores de que hablan
antiguas poesías que dicen: «zagales
de inocencia y candor en el alma»?
¡Caracoles, pues sí que hay entonces,
si inocencia y candor á esto llaman,
en el mundo inocentes zagales
y sencillas y puras zagalas!

FERNANDO G. LUIS

*
*
*

—¡Quién fuera río!—exclamaron
dos alumnos de Derecho
que en su vida madrugaban—,
pues ellos su curso acaban
sin abandonar el lecho.

MR TO.

EPIGRAMA

Carmen, en cierta ocasión
encontrándose de parto,
hizo encender en su cuarto
una vela á San Ramón;
y con fervor ofrecía
que no daría motivo
de verse en lo sucesivo
del modo en que se veía.
Mas, cuando salió del paso,
á su criada Manuela
le dijo:—«Apaga esa vela
y guárdala... por si acaso.»

SASPAS TORFÓ

SUCEDIDO

La lista oficial de premios
contemplaba absorta Amparo
cuando un joven atrevido
al mirar tan delicados
contornos, diciendo un chiste
dejó escapar ambas manos
en dirección al saliente
de aquel cuerpo aprisionado
por el mantón de ocho puntas,
que es entre chulas lo clásico.
Y al sorprender la osadía
un guardia de los Urbanos
acercóse á preguntarla
sonriente:—«¿Te ha tocado...?»

E. PELAEZ MASPONS

EN UN DUELO

Varios jóvenes dan el pésame al hijo de cierto finado
y, naturalmente, cada cual dedica al amigo una frase
sentimental, según costumbre en tales casos; pero uno
de ellos, apartándose de lo vulgar, le dice con acento
riste:

—Me declaro cómplice de la muerte de tu padre.

HISTÓRICO

En una administración de correos. El empleado di-
rigiéndose á unas monjas que van á certificar una caja:

—¿Qué contiene este paquetito?

—Un crucifijo *sin valor*.

RAFAEL SÁENZ

NUESTROS CONCURSOS

ARRODOTA



TRAMOYA TEATRAL

Elena Fons en la ópera «Carmen».

El miércoles último debutó en el Real, con *Carmen*, de Bizet, la hermosa artista, tan artista como hermosa, Elena Fons.

La función, fué á beneficio de la Asociación de empleados y obreros de los ferrocarriles de España.

El público madrileño conoce ya los triunfos legítimos alcanzados por Elena.

Se ha dicho que comenzó cantando zarzuela. Nada más incierto. Elena estuvo en el Lírico pero fué en compañía de ópera.

Ha recorrido las principales poblaciones de España y del extranjero y Barcelona, Valencia, Roma, Milán, Lisboa, Buenos Aires, Santa Fé y otras ciudades de importancia, guardan de Elena gratisimos recuerdos.

Su repertorio es vastísimo, y entre las obras que interpreta maravillosamente se hallan *Carmen*, *Otello*, *Africana*, *Tannhäuser*, *Walkyria*, *Pagliacci*, *Cavalleria* y algunas más,

La *Carmen* de ahora, la ha representado Elena mejor quizás que nunca.

El tipo de la cigarrera gitana encuentra en Elena su verdadera encarnación. Sangre, arrestos, alegría, seducción, soltura y, sobre todo, una voz robusta, ex-



Elena Fons en «La Africana».



Elena Fons en «Otello».

tensa, y un registro seguro, sonoro, de sugestivas vibraciones.

La habanera del [primer acto, la escena de la *juerga* del segundo, y la de las cartas del tercero, constituyeron un éxito indiscutible para Elena y el público llamó repetidamente, á la exuberante *Carmen*, mostrándole agrado *las alturas*, sin mezcla de clá, ni de animales de distinta especie.

Biel, poderoso, acometedor, ardiente compartió con Elena las ovaciones de la sala.

A la velada asistieron la reina Doña María Cristina y la infanta Isabel.

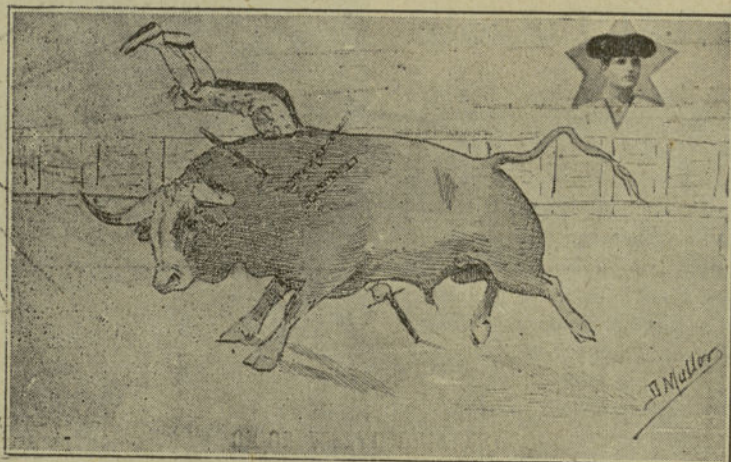
La señora Homs desempeñó acertadamente la parte de Micaela.

Del maestro Villa, manejando la batuta, no hablemos: estuvo magistral.

De la dirección artística tampoco hablemos: Luis París continúa en la higuera.

Terminó el espectáculo con la representación del cuadro íntimo de Eusebio Blasco, *Mensajero de paz*, bordado por María Guerrero, y Fernando Mendoza.

JUAN JOSÉ



MORENO DE ALCALA

Una estocada modernista, tirándose de cabeza.

La novillada del domingo

Con una entrada excelente se celebró el pasado domingo la cuarta novillada de abono, en la que se lidiaron seis toros de Campos por las cuadrillas de Antonio Pazos, *Punteret* y *Flores*.

El paisano, tocayo y discipulo de Fuentes sigue avanzando por el camino de los que *llegan*. Pazos es un torerito elegante, artístico y serio que nunca usa posturitas y desplantes para entusiasmar á la galería; tiene tipo y hechuras, y es valiente y habilidoso. Su trabajo del domingo fué, á nuestro juicio, mejor que el de sus compañeros. Despachó á su primer toro, previa inteligente faena, de un buen pinchazo y una estocada á volapié, que resultó unas *miajitas* tendida, y al segundo de dos pinchazos, entrando á ley, una corta muy bien puesta y un certero descabello. Bregando y en quites, oportuno y trabajador, y con visibles deseos de agradar.

Si fuésemos á juzgar el trabajo de *Punteret* por las ovaciones, ¡olé!, ¡bravos! y otros excesos que cierta parte del público le otorgó, no tendríamos más remedio que decir que el simpático muchacho había estado en todo insuperable. Pero hay que quitar *hierro*, y no poco. Nosotros no ponemos en duda que Cecilio adelanta visiblemente, y somos los primeros en reconocer que es uno de los mejores novilleros de hoy; mas no podemos en modo alguno estar conformes con aquellos que se han empeñado en hacernos creer que el diestro madrileño es un fenómeno coletudo. Lo repetimos: *Punteret* vale, pero no tanto. Y valdrá mucho más el día que él mismo se convenza de que no son los aplausos de los amigos los que debe buscar con *efectos* y *ventajas*, sino los de

los buenos é imparciales aficionados, aplausos que *Punteret* puede conseguir á conciencia, porque *sabe, si quiere*. ¿Estamos, joven amigo? El domingo estuvo mucho mejor que en la corrida anterior; mató muy bien á su primer toro, y desplegó suma habilidad para despachar al segundo, que á su lado parecía la Torre del Oro. Con la capa, voluntarioso, alegre y decidido.

Flores... bueno, gracias. El torero valenciano está donde y como estaba, por no decir que aún está más atrás. Fuera de algunos lances de capa y algún quite que otro, no hizo cosa de provecho en toda la tarde. ¡Hay que apretar más, Isidoro! ¡Así no vamos bien!

Del resto del personal, *Rolo* con los banderillas.

Los picadores—de alguna manera tenemos que llamarlos—, sencillamente detestables; una sola vara se puso en su sitio en toda la tarde y para eso fué por casualidad, pues ni siquiera estaba el caballo en suerte. ¡Una vegüenza, señores!

Los peones, como de costumbre: haciendo todo lo que les daba la gana.

Los toros cumplieron sin excederse.

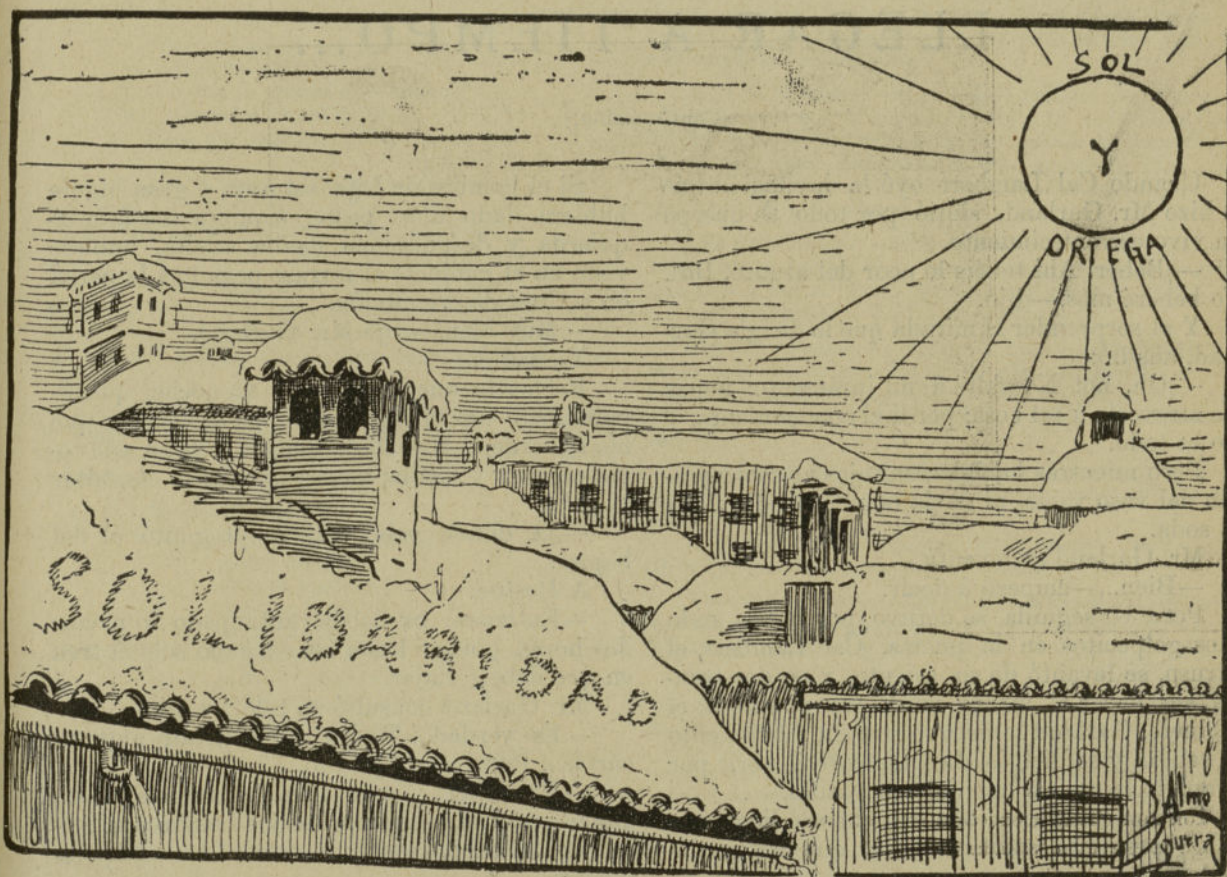
La presidencia acertada, aunque se *distrajo* algo para variar algunas suertes.

Y hasta el domingo.

ALIVIOS

El próximo domingo se celebrará la quinta novillada de abono, lidiándose seis toros de Gama por las cuadrillas de Pazos, *Chiquito de Begoña* y *Carbonero*, cuyos retratos publicaremos en el número próximo.

¡¡ DESHIELO !!



Fenómeno extraordinario
que entre la gente política
es objeto de la crítica:
¡un sol que no es sol...idario!

NUESTROS REGALOS

Número 3.738

Cuando cerramos este número, no sabemos todavía si en el sorteo de la Lotería Nacional del 29, nos ha tocado el gordo.

Ojalá salgan premiados los diez décimos que regalamos á los suscriptores.

De otro modo tendremos que esperar á las extracciones sucesivas de cada mes; alguna nos favorecerá.

**

Con los recibos del mes anterior, hemos remitido á cada suscriptor diez números correlativos, para el sorteo de los diez relojes como los que anunciamos en última plana.

Aquellos que tengan los números iguales á los diez primeros premios de la lista de la Lotería Nacional del día 29, los enviarán á la Adminis-

tración, á fin de remitirles en cambio el reloj ó relojes que les hayan cabido en suerte.

**

Nos proponemos regalar asimismo, una máquina de coser, un piano y una magnífica cama de nogal, valorada en 300 pesetas.

INTERESANTE

La casa constructora del reloj que va en última plana, comenzará á servir esta semana la segunda remesa.

La venta sólo durará ya pocos días.

**

Como el servicio de ferrocarriles es tan deficiente y se da el caso de haber sido sustituido un reloj por piedras, procuraremos certificar los envíos cargando 50 céntimos más.

Los que no lo deseen así, pueden manifestarlo seguidamente. De otro modo, la casa constructora no responde de los extravíos.

Cuentos de «Flores Cordales»

LLEGAR A TIEMPO...

(Continuación.)

—Cuando Cal Lambert oyó la invitación que le hizo Mr. Garland, sintió por todo su cuerpo un vivo estremecimiento.

—¡Beber! Ahí tenéis lo peor del asunto, Bill. No beberé más,—dijo.

Y al sorprender la mirada que le dirigía Garland, añadió:

—¡Oh, no! No falté á mi juramento; jamás me atrevería á tal cosa; perdí el conocimiento, y eso es todo.

Però mientras hablaba, sus ojos no se separaban del vaso vacío, ni de la botella medio llena de soda.

Mr. Garland se levantó.

—Bien...—empezó á decir.

Però en seguida se detuvo por haber oído unos golpecitos en la puerta. Cal Lambert, el intruso, se levantó de su asiento, y en dos trancos, sin hacer el menor ruido, se plantó en el gabinete: Garland le detuvo con un movimiento de cabeza y se dirigió directamente á abrir por completo la puerta que daba al pasillo.

Permaneciendo en ella con el periódico en la mano, preguntó suavemente al que había llamado:

¿Qué queréis?

Era un mozo con blusa azul, y á su lado un hombre pequeño, con bigotazo corto y como alambrado.

—No estábamos seguros de que fuérais vos quien abría. ¿Es este Mr. Garland, no es así?—preguntó el del bigote,

—Sí, señor.

—Pues bien, Mr. Garland, ocurre que un oficial de seguridad, que hace guardia en la esquina de enfrente, asegura que vió trepar á un individuo por el tubo de la chimenea y saltar luego al balcón valiéndose de la grúa.

—¿Ese oficial es hombre de costumbres arregladas?—preguntó sonriendo Mr. Garland.—Digo esto porque me avisaron por teléfono, y registré las habitaciones, aun cuando no era preciso, puesto que no me he movido de aquí: nadie había debajo de la cama, ni en el gabinete, ni en ninguna parte.

—Veo, pues, que es inútil todo registro,—dijo el camarero descorriendo las cortinas de encaje y levantando la persiana—. Lo que sea, sonará: ello es que hay tres ó cuatro vigilantes en la calle y abajo un individuo recorriendo el edificio con una linterna.

Si el hombre de baja estatura y gran bigote hubiera dado unos pasos, siquiera dos á la izquierda y después una media vuelta, hubiese visto en el gabinete al intruso pegado á la pared en actitud de crucifixión.

—Muy bien,—dijo Mr. Garland.

Y añadió:

Recuerdo que he tomado un coche, que espera abajo con mi equipaje: diga al cochero que me aguarde... He sabido que el tren no sale todavía en hora y media; me equivoqué al consultar la guía.

—¿A dónde vais, señor?—preguntó el del bigote.

A Boston.

—Entonces, os habéis anticipado lo menos dos horas, porque hasta las once no sale el tren en que debéis viajar.

Mr. Garland consultó su reloj, y dijo:

—Es verdad... Tengo que concluir algunas cartas... Però bajaré pronto.

—Muy bien. Ya no le molestaremos más... Buenas noches,—dijeron los dos hombres saliendo de la habitación y cerrando tras ellos la puerta.

Mr. Garland fué á cerciorarse entonces de si la puerta estaba bien cerrada.

—Podéis abandonar vuestro escondite,—dijo á Cal Lambert.

—¿Qué vais á hacer de mí?

—En eso pensaba ahora mismo. Ya habéis visto cómo he despedido á los que venían á buscaros... Però antes debo haceros varias preguntas, á las que os suplico que contestéis claramente.

—Acepto, á condición de que también me deis respuesta á lo que yo os pregunte.

—Convenido,—replicó Mr. Garland.—Però yo seré quien comience el interrogatorio.

Hubo una pausa, después de la cual preguntó Garland á Cal Lambert.

—¿A qué se debió que se recibieran noticias de vuestra muerte? No debéis olvidar que estáis enterrado en Bennington, bajo una hermosa piedra bien labrada con cruces é inscripciones funerarias. ¿Podréis explicarme la causa de todo esto, ahora que de pronto y cuando menos podía pensaros os encuentro vivo y sano frente á mí, en esta biblioteca.

(Continuará.)

BUZÓN

Carballos.—Viavelez.—Le publico.

Agradecimiento.

Para qué andar con arrodéos,
yo nunca fui escritor!
y el faltar la prensa en Correos,
me hizo estallar mi dolor.

Para qué negarlo, ¿si entre espinos
hay rosales?
¿á quién tengo que agradecerlo?
al semanario FLORES CORDIALES,
que me acogió con cariño venévolo.

UN POBRE DIABLO.

Yo no quiero marcarle «Rumbo». Usted está bien *enrumbado*: duro con los suscriptores de *gorra* y duro con la poesía, hasta llegar á emular al inmortal Estrada y al inclito Carulla, que madera tiene propósito para ello.

Gardenio.—«Dos cartas» sin sustancia y sin pizca de ingenio han llegado aquí milagrosamente, porque son de las que se debieran perder. Pero,—¡oh! paradoja postal—por eso mismo se han salvado.

C. C.—Granada.—Ideal.

Libertad, Libertad,
sueño dorado
de una mañana
del mes de Mayo,
entre las flores;
allí nació,
y fué creciendo
y fué creciendo
haciéndose amar.

Y no le propino las calabazas que se teme, porque ya le darán su merecido los esbirros modernistas de La Cierva. ¡A cualquiera se le ocurre entonar himnos tan liberales en los tiempos mauricones que corremos! ¿Llegó usted á conocer al tío Miajica? Era un granadino de altos ideales.

Flor de malva.—Córdoba.—Las quintillas ripiosas y el asunto trivial é inocente. Veremos si lo que envía para el concurso le resulta menos desgraciado.

R. S.—Sevilla.—Escribe usted mejor que L. S.—*Idem*.—Quien escribe mejor á su vez que R. S.—Sin

que esto quiera decir que ninguno de los dos haga primeros, ni como poeta el primero, ni como calígrafo el segundo. Aprendan, ambos lo que para escribir claro y con intención se necesita.

A. M.—Monovar.—Si su poesía valiera una copa del rico anís de ese celeberrimo pueblo, yo la hubiera publicado sin vacilar; pero ¡ay! que apenas vale una copa del más vulgar *matagüintos*. Sin embargo, creo que usted tiene buena alquitrana y puede destilar mejores y más agradables productos.

Uno que empieza.—Madrid.—Escribiendo un artículo tan largo, tan pesado y tan insulso, para concluir con una gracia tonta. ¡Buen queso, buen queso!

A otro á ver si le doy el desquite.

Morito.—Valencia.—Quiero... dice usted, y no tiene malicia lo que quiere: declararse á una muchacha desde las columnas de este periódico en unos renglones que parecen versos... ¡Si será cándido el infantil mahometano!

Por-Tero.—No descuide los deberes de su cargo haciendo versos para los amigos, que se puede enfadar el K. Sero.

Helios.—Madrid.—Se publicará pronto. ¡Gracias á Dios que encuentro algo aprovechable!

Tubérculo.—*Idem*.—Las patatas piensan demandarle por usar ese mote, pues se creen deshonradas. Es usted un hongo venenoso y mal oliente.

Un socialista.—Madrid.—Ese soneto es de corte genuinamente burgués, y sobre traerse una filosofía pesimista sobre el amor, que resulta trasnochada y cursi, tiene los versos todos de los dos tercetos horriblemente asonantados. Es en lo único que se muestra socialista, en esa asociación estrecha de asonancias. Otra cosa, y ya veremos, compañero.

Fray-Fumeiso.—Está muy movida esa escena casera y bien sazonada con sal gorda. Algo tiene, sin embargo, que no me deja pronunciar un fallo definitivo. Allá veremos. Mientras mande algo por el estilo, bien pulido y bien cuidado, pues usted es un hermanito que fuma en pipa y echa humo.

ROLANDO

MINGOTE

MAYOR, 88, entresuelo.

Sastrería militar y de paisano.—Trajes de etiqueta.—Confección esmerada y gran economía.

ENVIOS A PROVINCIAS

ANUNCIOS ECONOMICOS POR PALABRAS

Cada quince palabras una peseta; cada palabra más, diez céntimos.

TRONCO de yeguas normandas se vende. Noticias en la Administración de este periódico.

GRAN NOVEDAD. Pronto veréis los fonógrafos, asombro del mundo, contruidos por una casa alemana á precios casi de balde y á plazos. No compréis ninguno; esperad á que vengan.

DINERO todo su valor por alhajas, encajes, abanicos antiguos, muebles y papeletas del Monte de Piedad. Es la casa que más paga, San Bernardo, 52, principal (esquina á la calle del Pez).

RECOMENDAMOS por sus precios y novedades, la joyería de M. González, Montera, 22.

PRESERVATIVOS de seda pura, garantizados, contra el contagio venéreo, únicamente en LA MASCOTA, Gato, 4.

POSTALES. El más extenso y variado surtido, lo encontrarán siempre en esta casa, habiéndose recibido nuevos modelos en artistas, coupletistas, niños, parejas amorosas, etc. En fantasías, esta casa es la primera de España. *José Campos, Silva 35, Madrid*. Ventas sólo por mayor. Catálogo gratis.

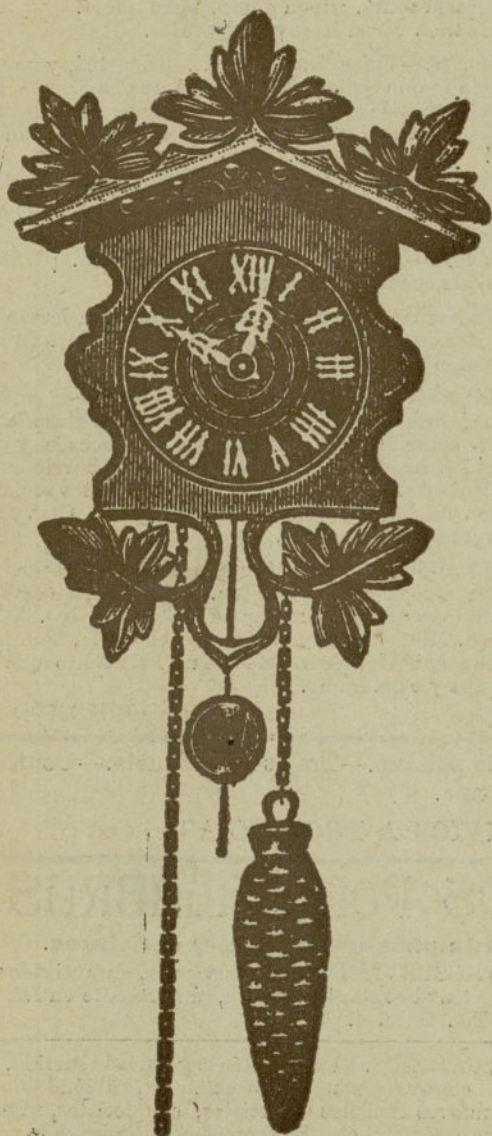
CIRUJANO CALLISTA. E León.—Especialista en las afecciones de los pies, por antiguas y difíciles que sean.—Consulta de 2 á 6.—Carretas, 7.

Imprenta de FLORES CORDIALES

CALLE DE DON JUAN DE AUSTRIA NUM. 20

TRABAJOS PARTICULARES Á MITAD DE PRECIO DE LAS DEMÁS TIPOGRAFÍAS

¡¡LEED!!



Relojes de pared, procedentes de liquidación de una gran fábrica que se retira del negocio.

CUATRO PESETAS

CINCUENTA CÉNTIMOS

à nuestros suscriptores.
Envío á provincias, una peseta más.

Marcha perfecta

GANGA POR POCO TIEMPO